

El activismo estudiantil continúa siendo una poderosa fuerza a nivel mundial

PHILIP G. ALTBACH Y MANJA KLEMENCIC

Philip G. Altbach es Profesor de Investigación y Director del Centro de Educación Superior Internacional en Boston College. Manja Klemencic es investigadora postdoctoral del Departamento de Sociología de la Universidad de Harvard. E-mail: manja.klemencic@gmail.com (Este artículo aparece en Inside Higher Education).

Los estudiantes fueron clave en el derrocamiento del autócrata ucraniano Victor Yanukovich, y estuvieron presentes de principio a fin, en las protestas de la plaza Maidan en Kiev, capital de Ucrania. También fueron instrumentales en la Revolución Naranja que siguió a las elecciones presidenciales del año 2004, las que se vieron empañadas por la corrupción y el fraude electoral. En el Cairo, los estudiantes participaron activamente en las protestas en la Plaza Tahrir cuando el presidente Hosni Mubarak fue forzado a dimitir y también en todos los movimientos de la Primavera Árabe.

Los movimientos estudiantiles de las “revoluciones de colores” probablemente comenzaron con el movimiento serbio Otpor (“Resistencia”), surgido en el año 1998 en respuesta a las leyes represivas contra la universidad, aprobadas por el régimen que en aquel entonces lideraba Slobodan Milošević. En el 2000, Otpor organizó la campaña “Gotov je” (“Está acabado”) que finalmente llevó a la derrota de Milošević en las elecciones. Otpor inspiró y entrenó a organizaciones como: Kmara en Georgia, en la Revolución de las Rosas del 2003; KenKel en Kirgystan en la Revolución de los Tulipanes del 2005 y Pora en Ucrania. Durante casi todo marzo de 2014, estudiantes ocuparon la legislatura de Taiwán y encabezaron una protesta de 100.000 personas en contra del acuerdo de libre comercio que se firmó con China.

Aunque la era de las revoluciones estudiantiles puede haber finalizado medio siglo atrás, los estudiantes siguen siendo una fuerza activa en la política y, por lo general, son claves en los movimientos que buscan cambios sociales en todo el mundo. Quizás los estudiantes ya no están en el centro de los movimientos políticos, pero frecuentemente son participantes indispensables, pues le dan forma a los mensajes, ideología y tácticas de los movimientos de protesta.

Los estudiantes también han estado involucrados en las políticas universitarias. Un ejemplo son los estudiantes alemanes que lograron restaurar la educación superior gratuita al convencer a los políticos y al público general. De manera similar, los estudiantes universitarios y de enseñanza media en Chile protestaron durante varios meses para mejorar la calidad de la educación, terminar con el lucro y eliminar las matrículas y los aranceles. Finalmente tuvieron éxito cuando Michelle Bachelet fue electa presidenta el 2013. En Canadá, las protestas de la “Primavera de Arce” el 2012 surgieron de la oposición estudiantil en contra del anuncio del gobierno de aumentar las matrículas, lo que conllevó a la caída del gobierno en Quebec.

En algunos países, la agitación estudiantil que generalmente ocurre en los campus, provoca que los gobiernos tengan que cerrar las universidades por períodos prolongados. Esta situación ocurrió en Nigeria y en Myanmar, donde las universidades cerraron durante varios años después de las protestas contra la dictadura militar. En muchos de estos casos, las demandas estudiantiles combinaban asuntos relativos a sus propios campus con preocupaciones políticas más amplias. Comúnmente no logran un cambio social, aunque a veces sí cambian las políticas y condiciones universitarias.

A pesar del activismo continuo y del éxito impresionante, aunque ignorado, el activismo estudiantil no ha recibido la atención académica de la que alguna vez gozó. Quizás se debe a que estos movimientos comienzan en el campus, pero rápidamente se trasladan a las calles e involucran a varios grupos de la sociedad. A diferencia de lo que ocurría en la década del sesenta, donde los estudiantes eran los autores y principales participantes, los últimos movimientos han involucrado a más sectores de la población. Entonces, generalmente los estudiantes pierden el control de las protestas y en algunos casos, los líderes estudiantiles dejan el campus para optar a cargos públicos o participar en una coalición de liderazgo más amplia. Sin embargo, los estudiantes siguen siendo actores claves en los movimientos y protestas de oposición.

Los estudiantes fueron clave en el derrocamiento del autócrata ucraniano Victor Yanukovich, y estuvieron presentes de principio a fin en las protestas de la plaza Maidan en Kiev, capital de Ucrania.

LA “LEY DE HIERRO” DEL ACTIVISMO ESTUDIANTIL

Existe una ley de hierro en el activismo político estudiantil. Los estudiantes generalmente pueden llamar la atención

pública sobre asuntos políticos y cuando existe un descontento subyacente, pueden ayudar a crear movimientos políticos que lleguen a desestabilizar e incluso a derrocar regímenes. Como grupo social, los estudiantes gozan de tiempo para intercambiar y desarrollar ideas, y organizarse dentro del cohesionado ambiente universitario. Además, el público tiende a ser comprensivo en cuanto a las demandas estudiantiles.

No obstante, los estudiantes no pueden controlar la política nacional una vez que el régimen ha sido derrocado. Pueden infiltrar partidos políticos, pero en un ambiente político más amplio, las voces de los activistas estudiantiles, las cuales son típicamente adversarias y no están dispuestas a transar, no llegan muy lejos. La política social generalmente se trata del poder político depositado en recursos económicos y militares, y en la habilidad de construir alianzas y forjar compromisos. Aunque energéticos y comprometidos, cuando los estudiantes entran al ámbito político, pueden volverse una voz marginal, pues en raras ocasiones poseen el conocimiento sustancial y procesal, la experiencia o las redes de contactos que se requieren en un escenario político más amplio.

En la mayoría de los casos, después del movimiento social, los políticos toman rumbos bastante distintos a lo que defendían los estudiantes. Por lo tanto, los estudiantes suelen ser una fuerza para los cambios sociales y políticos, pero no controlan los resultados.

Tanto los eventos en Egipto como Ucrania respaldan la “ley de hierro”. En general, los estudiantes no estuvieron a favor del ascenso al poder de los Hermanos Musulmanes después de la Primavera Árabe. Tampoco estaban felices con algunas fuerzas ultranacionalistas que cobraron importancia en los recientes eventos en Ucrania.

ÉXITO EN EL PLANO EDUCATIVO

Los estudiantes han tenido un mayor éxito con temas educativos. A pesar de las protestas estudiantiles masivas y la oposición de los académicos británicos, no se pudo evitar que se impusieran en Inglaterra y en Gales matrículas altas. Eso sí, los estudiantes tuvieron éxito en Alemania y lograron revertir los cambios en los aranceles al punto de que todos los estados alemanes ahora están comprometidos con la educación superior gratuita. Las prolongadas protestas de los estudiantes chilenos tuvieron como resultado importantes reformas educativas y la disminución del precio de las matrículas en la educación media.

Las protestas estudiantiles en el plano educativo tienden a estar en contra de los recortes en el financiamiento público de la educación superior y del aumento del valor de las matrículas, dos elementos que están estrechamente relacionados con las reformas neoliberales en la educación superior. Las medidas de austeridad que siguen a una crisis financiera han acelerado la implementación de tales reformas en países donde no existían anteriormente. Aunque

la diferencia entre los países sigue siendo pronunciada, existe la percepción, sin embargo, de que los sistemas nacionales de educación superior se parecen cada vez más entre sí, en el sentido en que están más orientados hacia el mercado, incluso en países con una fuerte tradición de bienestar social.

La lucha contra el pago de matrículas sigue siendo la fuerza movilizadora más poderosa del activismo estudiantil a nivel mundial. En ocasiones, otras preocupaciones de bienestar social, como la disponibilidad de alojamiento estudiantil, y el alimento y transporte subsidiados, conllevan a protestas más localizadas que son iniciadas por los centros de alumnos y que, por lo general, se resuelven rápidamente. Garantizar la calidad casi nunca es un tema lo suficientemente predominante como para que los estudiantes se movilizan en una acción política. Los representantes estudiantiles electos son los que manejan este tipo de preguntas y quienes consultan con las universidades e indican las expectativas de los estudiantes y su satisfacción.

ACTIVISMO ESTUDIANTIL DEL SIGLO XXI

Varios argumentan que el activismo estudiantil desaparecerá en la era de la masificación de la educación superior. La diversidad de los estudiantes, el estudio a medio tiempo, los antecedentes sociales de la mayoría de los estudiantes, el costo cada vez más elevado de la educación superior en varios países y otros factores, están en contra del activo compromiso político y social. Este claramente no ha sido el caso. Los estudiantes siguen siendo una fuerza política y social y lo único que ha cambiado ha sido la manera en que participan. Aunque es menos probable que los estudiantes voten y se unan a un partido político.

De hecho, es más probable que se unan a peticiones en línea, participen en algún tipo de boicoteo, expresen sus ideas en foros en línea y que actúen en redes sociales de activismo, protestas y movimientos. La naturaleza del activismo estudiantil varía y depende del país que se analice. Como revela la Encuesta Mundial de Valores, en las sociedades occidentales donde los sistemas de valores se han desplazado hacia el posmodernismo, los estudiantes se han vuelto más individualistas y quizás más interesados en el bienestar subjetivo, la autoexpresión y la calidad de vida.

Existe una ley de hierro en el activismo político estudiantil. Los estudiantes generalmente pueden llamar la atención pública sobre asuntos políticos y cuando existe un descontento subyacente, pueden ayudar a crear movimientos políticos que lleguen a desestabilizar e incluso derrocar regímenes.

En algunas sociedades la democratización, los derechos de las minorías y la liberación de los procesos e instituciones políticas de la corrupción, entre otros, continúan siendo temas importantes y apremiantes. Incluso en sociedades posindustriales posmodernas, algunos estudiantes siguen políticamente activos, como lo demuestra la participación de estudiantes en los movimientos “ocupa” y en las protestas en contra del aumento de los aranceles en Inglaterra. Las peticiones que llevan a los estudiantes a movilizarse para lograr cambios sociales dependen del país en que tomen lugar estos movimientos. ■

Universidades de Investigación: ¿Excepcionalísimo resultado Estadounidense?

HENRY ROZOVSKY

Henry Rozovsky es decano emérito de la Facultad de Artes y Ciencias de la Universidad de Harvard en Cambridge, Massachusetts. Nota del editor: Esta es una versión resumida de los comentarios realizados en la Cumbre sobre Educación Superior organizada por el Instituto Carnegie y la Revista Time (septiembre, 2013) y publicados en la revista Carnegie Reporter (Invierno, 2014):
<http://higheredreporter.carnegie.org/>

UNA PARADOJA

A nivel nacional, la educación superior de Estados Unidos está sujeta a un nivel de críticas sin precedentes. La conclusión común es que es “demasiado costosa, ineficiente y, en definitiva, una mala inversión”. Además, se cree que los estudiantes no salen preparados para el mercado laboral. También se considera que la educación superior es demasiado permisiva al tolerar la baja productividad académica y al resistirse a la revolución tecnológica. En general, el actual “modelo comercial” se considera insostenible. Algunos estiman incluso que Estados Unidos va camino a la autodestrucción.

Sin embargo, en discusiones y evaluaciones internacionales sobre la educación superior, las universidades estadounidenses se consideran con frecuencia como “la envidia del mundo”. En Estados Unidos no tiene sentido hablar sobre la “educación superior” o sobre las “universidades” en general. La etiqueta de “universidades

estadounidenses” tiene poco significado cuando el país acoge a más de 4.000 instituciones terciarias, desde instituciones que efectivamente pueden ser la envidia del mundo hasta otras que casi no se diferencian de los colegios, con una amplia variedad entre medio.

En la parte superior de la pirámide educativa (mi único enfoque aquí), se encuentran las universidades de investigación públicas y privadas, las que tienen como rol principal crear y mantener el conocimiento, formar la práctica docente en artes, ciencias y en escuelas profesionales y ofrecer educación liberal a los estudiantes de pregrado. En el libro “La Gran Universidad Americana” (en inglés, *The Great American University*), el autor Jonathan Cole indica que existen 125 universidades que encajan con esta descripción y que son “capaces de generar gran parte del conocimiento fundamental y de los descubrimientos prácticos en investigación a nivel mundial. Lo que las distingue del resto y las hace la envidia del mundo son la calidad de la investigación que realizan y el sistema que invierte en los jóvenes y que forma a los futuros científicos y académicos prominentes”.

Todas las instituciones que se encuentran en la parte superior de la pirámide educativa estadounidense, y también algunas otras, comparten 6 características que están estrechamente relacionadas con la alta calidad. Su ausencia podría impedir o dificultar que las universidades de investigación alcancen estándares altos de calidad, no sólo en Estados Unidos sino que en el resto del mundo. De hecho, su ausencia total o parcial en universidades extranjeras ayuda a explicar por qué existen tan pocas instituciones extranjeras, en especial no occidentales, liderando en las encuestas reconocidas. Si bien ninguna de las seis características es completamente inequívoca, no es difícil detectar su presencia o ausencia.

SEIS CARACTERÍSTICAS DE CALIDAD

Gobernanza compartida. En primer lugar, todas estas instituciones practican una gobernanza compartida. Los administradores y el presidente delegan condicionalmente la política educativa a los académicos. Esto incluye principalmente el plan de estudio y la selección inicial de los académicos, estudiantes e investigadores. El estilo administrativo es colegiado más que descendente, los académicos comparten la autoridad en áreas específicas con los administradores y agentes nombrados, estos últimos son los que tienen la autoridad final. Esta es una forma clásica de gobernanza compartida estadounidense, la cual se basa en un fuerte ejecutivo. Los presidentes, rectores y decanos poseen y ejercitan una autoridad considerable sobre los presupuestos, las prioridades institucionales y otros temas relevantes.

¿Qué hace que la gobernanza compartida sea tan importante? Existen varias respuestas a esta pregunta, pero